

The background of the cover is a gradient of warm colors, from a bright orange at the top to a deep blue at the bottom, filled with numerous small, white, star-like specks. At the bottom of the cover, there is a faint, glowing image of an open book, with its pages appearing to be illuminated from within.

Carme Font

EL DON  
DE LA  
PROFECÍA

Tu sabiduría  
interior

Luciérnaga

Carme Font

# EL DON DE LA PROFECÍA

Tu sabiduría  
interior



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Carme Font, 2019

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: febrero de 2020

© Edicions 62, S.A., 2020  
Ediciones Luciérnaga  
Av. Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-17371-75-3

Depósito legal: B. 1.155-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## ÍNDICE

<i>Introducción</i> . . . . .	9
-------------------------------	---

### Primera parte

#### LAS LEYES DE LA PROFECÍA

1. Encarnación y libre albedrío . . . . .	19
2. Una conexión interior . . . . .	23
3. Visión y predicción . . . . .	27
4. El desaparego . . . . .	33

### Segunda parte

#### EL LEGADO PROFÉTICO

5. Biblia y profecía . . . . .	45
6. La tradición clásica . . . . .	57
7. Profetas, profetisas y profecías . . . . .	65

### Tercera parte

#### CANALES PROFÉTICOS

8. Sueños . . . . .	79
9. Astrología . . . . .	85
10. El <i>Libro de los Cambios</i> . . . . .	93
11. Otros canales . . . . .	99

Cuarta parte

COLABORA CON TU PROPIO DESTINO

12. Interpretar las señales y los símbolos . . . .	111
13. Profecía y feminidad . . . . .	117
14. Objetos de poder . . . . .	121
15. Sabiduría en acción: tu diario profético . .	129
<i>Bibliografía</i> . . . . .	141

## I

### ENCARNACIÓN Y LIBRE ALBEDRÍO

Si nos alejamos brevemente del ámbito doméstico y volvemos al celestial, descubrimos que un término asociado a la palabra *destino* es la idea del karma, es decir, la ley del universo que rige las relaciones de causa y efecto. En general, las filosofías orientales vinculan el karma a los ciclos de reencarnación. A diferencia de la doctrina judeocristiana, en la que se presupone una única vida terrena a la que le sigue una existencia después de la muerte, en las dos grandes tradiciones de Oriente —el budismo y el hinduismo—, se asume el hecho de que el alma humana no vuelve a un lugar de descanso o condenación eternos en el más allá, sino que regresa a su origen espiritual y al cabo de un tiempo vuelve a infundir vida a un cuerpo material. En ambos sistemas, el oriental y el occidental, se vincula la conducta del ser humano a su propia salvación, con la reserva de que quienes aceptan la reencarnación entienden este proceso como progresivo y extendido en el tiempo, sujeto a distintas encarnaciones y experiencias vitales, mientras que quienes no contemplan la reencarnación limitan ese periodo a una única vida. Aunque nos puedan parecer filosofías muy dispares entre sí, y en muchos sentidos lo son, ambas coinciden a grandes rasgos en lo fundamental: nuestras acciones y nuestra conducta moral determinan la salvación de nuestra alma, que podrá vivir en un estado de santidad o iluminación al final de su existencia, o de su ciclo de encarnaciones, para toda la eternidad.

Aun así, las religiones nos muestran preceptos morales, a veces incluso los han impuesto a la fuerza, pero no siempre los explican o los sitúan dentro de unas coordenadas comprensibles para el individuo. ¿Qué significa «hacer el bien»? Ante la multitud de dilemas morales y situaciones que ponen a prueba nuestra capacidad para superar todo tipo de adversidades y conflictos, la voluntad de obrar correctamente puede verse superada por la injusticia y la ignorancia que parecen campar a sus anchas. En estos casos, obrar correctamente o no se relaciona con seguir unas normas morales, transmitidas en forma de mandamientos, leyes, enseñanzas o las interpretaciones que puedan hacer de esos relatos los sacerdotes y sabios de estas tradiciones. Predomina un modelo simplista de premio y castigo: si uno se comporta bien, la vida le sonreirá, sea en este mundo o en el otro. De no ser así, cabe esperar un infortunio enviado por Dios.

Pero la salvación, el destino, el karma o la existencia misma no dependen de una relación superficial con la divinidad que infunda temor, sino de una comprensión plena del vínculo de conciencia que existe entre cada alma humana y la fuerza divina, que encontramos manifestada en la creación y también en el interior de cada uno de nosotros. Conocer los entresijos de ese vínculo es un misterio que se abre ante nosotros e invita a ser explorado.

El karma no es pues ni bueno ni malo, sino una ley impersonal que rige las relaciones de causa y efecto. Si nuestras acciones, pensamientos o sentimientos van en la dirección de forjar y sustentar relaciones positivas y amorosas con nuestro entorno, entonces los efectos de esas causas serán armoniosos. Por el contrario, si generamos negatividad, destrucción y separación, los resultados serán de ese signo y habrá que esforzarse por redirigirlos. Todo en el universo es energía, y esta es luz. El amor es una fuerza cohesionadora y

mantiene una relación especial con la sabiduría. Cuanto más sabia es una persona más amor suele transmitir hacia su entorno. Y al revés: el amor se alimenta de la sabiduría. Por amor no nos referimos al sentimiento pasional, unos modales dulces ni una emoción pasajera, sino a una forma de hacer y de pensar que es cohesiva y concedora del misterio de la realidad. El amor es lo opuesto al egoísmo y emana generosidad de espíritu. La sabiduría tampoco es sinónimo de conocimiento. Hay personas con amplios conocimientos en disciplinas muy complejas que no son necesariamente sabias. También los pensamientos y sentimientos son energía y cuanto más constructivos sean, más luz reflejarán. Cultivar el hábito de ser coherente con nuestro pensamiento, palabra y acción —es decir, acostumbrarse a que lo que pensemos, digamos y hagamos vaya en la misma línea— es un acto de armonía con nosotros mismos y todo lo que nos rodea. En ocasiones, no obstante, la vida nos golpea y nos pone a prueba. Sin saber por qué, nos ocurren cosas que interpretamos como «malas», negativas, o sencillamente, que no nos gustan. En esos casos, es fácil enfadarse, culpar a los demás o a nosotros mismos, y estancarnos en una espiral de tristeza y reproches en la que podemos llegar a pensar que ese episodio es el resultado de «un mal karma» de una vida pasada. Pero nada más lejos de la realidad. El universo no nos tiene manía, no busca castigar a nadie ni emitir juicios morales. La ley del karma, que rige nuestro destino, está en constante funcionamiento y busca armonizar las causas y los efectos, provengan estos de esta vida o, si creemos en la reencarnación, de vidas pasadas. Ser feliz no consiste en acaparar bienes materiales, emocionales o de cualquier otro tipo, sino que proviene de la capacidad de vivir en consonancia con el propósito de nuestra vida. Descubrirlo y experimentarlo en plenitud es también parte del misterio de la existencia, y activa el desarrollo de nuestra sabiduría interior.



La ley de causa y efecto, karma, o destino, guarda una estrecha relación con otro resorte que interviene en la construcción de nuestra realidad: el libre albedrío. Numerosos filósofos a lo largo de la historia han debatido ampliamente esta cuestión y se han fijado en definir la libertad en virtud de la relación que mantiene el individuo con sus semejantes. El libre albedrío no es más que la capacidad que tiene el ser humano de decidir cómo actuar en cada circunstancia. Una persona puede nacer privada de libertad, de oportunidades, sufrir una situación injusta o limitante. Pero, por más difíciles que sean esas situaciones, nadie le puede arrebatarse su capacidad de decidir cómo reaccionar ante ellas. En esta libertad intrínseca de decidir, de acertar, de equivocarnos, radica también nuestra sabiduría interior.

## UNA CONEXIÓN INTERIOR

Del mismo modo que el cuerpo humano crece y muda con el transcurso de los años, y pasamos de la infancia a la edad adulta y por último a la vejez, también nuestra conciencia crece o, mejor dicho, evoluciona. No solemos reparar en ello, pero los distintos aspectos que conforman nuestro ser —nuestros impulsos físicos, nuestras emociones, nuestra capacidad de razonar e imaginar— también evolucionan y se ponen a prueba. A veces tenemos que vencer una limitación física en forma de enfermedad o dolencia, en ocasiones debemos hacer frente a un torbellino emocional que parece superarnos, o nos enfrentamos a ideas que desafían nuestras convicciones y creencias arraigadas. En todos estos casos, nuestra alma, nuestra esencia espiritual que nos conecta con la divinidad, nos pone a prueba para seguir avanzando en el camino evolutivo. Con cada momento de tensión superado, el alma, el individuo, se expande en conciencia, gana en capacidad para atender a la realidad con mayor nitidez, cultiva su conexión interior.

Muchas veces oímos a personas decir que, si Dios existe, no parece que esté muy pendiente de ayudarnos. Si echamos un vistazo a nuestro alrededor, vemos pobreza, sufrimiento, temor, injusticia, maldad. Aunque también vemos belleza, abundancia, honradez y bondad. No obstante, cuando somos testigos de una catástrofe natural, de desastres humanitarios generados por guerras, conflictos y desigualdad

económica, algo en nuestro interior parece rebelarse. Si Dios existe, ¿por qué no evita estas calamidades e injusticias? También aquí numerosos estudiosos de todas las tradiciones han hecho su aportación y coinciden en el sentir general de que las acciones de Dios son inescrutables, es decir, que no podemos conocerlas. Son por naturaleza un misterio. Una vez más, cabe volver a mencionar la ley de causa y efecto (karma, destino) y el libre albedrío. La mente humana no alcanzará a comprender el modo en que operan las interacciones de la ley divina del destino, aunque sí podemos entender nuestra participación en estas interacciones. Si existe hambre y desigualdades en el mundo, estas son producto de una mala gestión de los recursos y una falta de voluntad para compartirlos adecuadamente. Hoy en día no hay escasez de alimentos ni recursos, sino codicia e intereses egoístas para mantener un sistema económico en esencia injusto que perpetúa las desigualdades. Privar a una persona de sus derechos fundamentales —alimentación, vivienda, educación y sanidad— es negar las condiciones físicas indispensables para que esa alma humana que acaba de encarnarse en forma física pueda desplegar todo su potencial y esplendor. Dependerá de esa persona saber desplegarlo, por supuesto, pero como sociedad no podemos negar a nadie la posibilidad de esa expansión. Sea cual sea el momento o etapa evolutiva de esa alma, es partícipe y constructora de la espiritualización y el crecimiento de este planeta. El ser humano es responsable de su propio avance y el conjunto de todos nosotros conforma la evolución de nuestra casa común, de nuestra Tierra. También aquí radica nuestra conexión interior.

Si Dios, comoquiera que sea que te lo imagines —como energía o como personificación de esa energía divina—, resolviera todos nuestros problemas y desaguados, no aprenderíamos nada. Los seres excelsos que van más ade-

lantados que la mayoría de nosotros en proceso de evolución, aquellos que ya se han desprendido de las limitaciones del cuerpo físico, de las emociones y de las construcciones de la mente, y alcanzan lo que definimos como «iluminación», «nirvana», «santidad» o cualquier otro término equivalente, se ocupan de velar por el resto de las personas que aún estamos inmersas en el camino de evolución de conciencia. Ellos han pasado por lo mismo que estamos pasando nosotros. Las desigualdades de este mundo han sido creadas por el ser humano, son resultado de nuestra ignorancia y nuestras limitaciones. Por eso Dios nunca restringiría nuestra libertad de elegir, nuestro libre albedrío, porque si lo hiciera estaría interfiriendo en nuestro aprendizaje, en nuestra evolución de conciencia. No obstante, en muchas situaciones se producen acciones de intercesión, y, por lo tanto, Dios interviene para aliviar una situación que escapa a nuestro control. La relación del individuo consigo mismo, con su propia alma o chispa divina, y con el entorno es de constante tensión espiritual. No debemos confundir tensión espiritual con lo que comúnmente entendemos como estrés. En este contexto, tensión significa que la interacción del alma con su reflejo en el terreno físico (el hombre o la mujer en encarnación) nos lleva a una etapa de sobreesfuerzo. El alma, que como chispa divina siempre envía señales de luz, intenta infundir y reflejar su luz a través del hombre o la mujer encarnados. Ello puede generar cierta presión, puesto que el sujeto en cuestión puede no entender o resistirse a esas señales. Por ejemplo, esa persona puede desear un beneficio propio (una ganancia) que perjudique directamente a otros y, aun así, desearlo tanto que decide aceptarlo independientemente de las consecuencias negativas para los demás. Esta acción puede suscitar un conflicto interno: su alma le envía señales de que no es correcto, pero su mente y sus emociones le dicen que desea ese beneficio y justifica

racionalmente que es merecedor de él. A la larga, ese conflicto interno puede olvidarse o bien persistir en su conciencia, y con el tiempo desembocar en una situación problemática que deberá resolver en esa misma dirección: sacrificar el beneficio propio si se sabe que este perjudica directamente a otras personas. Reconocer de antemano esos posibles conflictos nos evita a menudo males mayores y también implica acceder a nuestra conexión interior.

Los conflictos internos no siempre se reconocen como tales; a veces nos pasan inadvertidos. Vivir en un estado de felicidad no significa ausencia de problemas o situaciones potencialmente tensas; significa vivir en estado de atención consciente, de contacto con uno mismo y con su entorno. Nos indica que, sean cuales sean las situaciones en las que nos encontremos, tendremos confianza en nosotros mismos. La fe no es más que la convicción interna de que se va a producir algo que aún no se ha manifestado. Es la capacidad de ver lo que aún permanece invisible a la vista.

La existencia no se divide en momentos pasados, presentes y futuros; esta compartimentación es una manera de racionalizar mentalmente la sucesión de causas y efectos. Esta se desarrolla en un eterno ahora en el que, si tuviéramos plena conciencia universal, entenderíamos el futuro como el desenlace lógico y natural de las causas que se activaron anteriores a ellas o en sincronicidad. He aquí la esencia de la profecía.



La fe no es más que la convicción interna de que se va a producir algo que aún no se ha manifestado. Es la capacidad de ver lo que aún permanece invisible a la vista.

